

Yo prometí exaltado:

—Tía, palabra de Raposo que he de traerla una gran reliquia.

Por la severa sala de damasco se desbordó, ruidosa, la conmoción de nuestros corazones. Yo me hallé con los labios de Justino, todavía almibarados de la torrada, pegados á mi barba.

Temprano, muy temprano, á la mañana siguiente, domingo, 6 de Septiembre y día de Santa Libania, fui á llamar al cuarto de la tía, aun adormecida en su lecho castísimo. Sentí sobre la alfombra aproximarse el blando son de sus chinelas. Entreabrió púdicamente la puerta; y, seguramente en camisa, alargó por la abertura su mano descarnada, lívida, oliendo á rapé. Sentí tentaciones de morderla, y puse en ella un beso baboso. La tía murmuró:

—Adiós. Hazle mis saluciones al Señor.

Bajé la escalera, calado el capacete de corcho con que debía atravesar el desierto, y la *Guía de Oriente* en la mano. Detrás de mí bajaba Vicenta sollozando.

Mi maleta nueva de cuero y mi repleto saco de lona llenaban el coche del *Pingallo*. Todavía algunas golondrinas retardadas cantaban en el alero de los tejados. En la capilla de Santa Ana tocaban á misa; y un rayo de sol, viniendo de Oriente, viniendo de allá de Palestina, me bañó el rostro, amable y risueño como una caricia del Señor. Monté en el coche y grité:

—Arrea, *Pingallo*.

Y echando al aire el humo de mi cigarro, dejé la casa de mi tía, caminando hacia Jerusalem.

II

Fué un domingo, día de San Jerónimo, cuando mis pies latinos pisaron por primera vez la tierra de Alejandría. ¡La tierra de Oriente sensual y religiosa! Yo di las gracias á Dios Nuestro Señor por haber hecho hasta allí un viaje feliz; y mi compañero, el ilustre Topsisius, doctor alemán por la Universidad de Bonn, socio del *Instituto imperial de excavaciones históricas*, murmuró, grave como en una invocación, abriendo su gran quitasol verde:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. Séame propicio tu Dios de la Historia, inspirador de la obra de Arte y de la obra de Verdad.

A través de aquel zumbido científico, yo me sentía envuelto en un vaho tibio, como de estufa, adormecedor y perfumado con aromas de sándalo y de rosa. Desde el primer momento, amé aquella tierra de indolencia, de sueño y de luz. Y montando en el coche que debía conducirnos al «Hotel de las Pirámides», invoqué á las Divinidades como el ilustre doctor Bonn:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. X que me sea propicio...

—¡No; que le sea á usted propicia, don Raposo, que le sea á usted propicia Isis, la vaca amorosa!

Así me interrumpió el eruditísimo alemán.

No comprendí, pero me incliné. Había conocido á Topsius en Malta, en ocasión de hallarme comprando violetas á una florista, que ya tenía en sus grandes ojos cierta languidez musulmana. Topsisius andaba midiendo concienzudamente, valiéndose para ello de su quitasol, las paredes marciales y monásticas del palacio del Gran Maestre.

Persuadido de que era un deber espiritual y doctoral, en aquellas tierras de Levante, llenas de recuerdos históricos, medir los monumentos de la antigüedad, saqué mi pañuelo del bolsillo y, estirado con las dos manos, lo fui paseando lentamente sobre la austera cantería. Topsisius me lanzó por encima de sus anteojos de oro, una mirada desconfiada y celosa. Pero tranquilizado, sin duda, por mi aspecto de hombre dado á las cosas terrenas, por mis guantes blancos y mi ramo de violetas en el ojal, el erudito alemán alzó corfésmente su gorra de seda negra de encima de los largos cabellos color de maíz. Yo saludé con mi capacete de corcho. Nos hablamos, y así nació nuestra amistad. Yo le dije mi nombre, mi patria y los santos motivos que me llevaban á Jerusalem. El me contó que había nacido en la gloriosa Alemania y que también iba á Judea en una peregrinación científica; deseaba recoger notas para su formidable obra *Historia de los Herodes*. Pero habría de detenerse en Alejandría una corta temporada, con objeto de amontonar los pesados materiales de otro libro monumental, la *Historia de los Lágidas*. Porque aquellas dos turbulentas familias, los Herodes y los Lágidas, eran propiedad histórica del doctísimo Topsisius.

El doctor Topsisius, alto, flaco y zancudo, con una chaqueta corta de alpaca, atiborrada de manuscritos, se inclinó satisfecho.

—Pues hagamos el viaje juntos, don Raposo, Así conseguiremos también alguna economía,

Encorvado, con las guejetas lacias, la nariz aguda y pensativa y las piernas largas, mi erudito amigo parecía una cigüeña risible y letrada, con anteojos de oro en la punta del pico. Pero ya mi animalidad reverenciaba á su intelectualidad y fuimos á beber cerveza.

Sólo conservo de Topsisius recuerdos suaves y elevados. Ya sobre las aguas bravías del mar de Tiro; ya en las adustas callejuelas de Jerusalem; ya dormido á su lado bajo la tienda, al pie de las ruinas de Jericó; ya en los verdes caminos de Galilea, donde quiera encontré siempre á Topsisius instructivo, servicial, amable y discreto. Rara vez comprendía sus sentencias sonoras y redondas que parecían medallas soberbiamente acuñadas; pero, como ante la puerta impenetrable de un santuario, me inclinaba reverente, por saber que allá adentro, en la sombra, refulgía la esencia pura de la idea. Quedó debiéndome algún dinero; pero es una deuda mezquina que desaparece en la copiosa onda de saber histórico con que fecundó mi espíritu. Tenía un solo defecto. Era intolerablemente vanidoso de su patria. Sin cesar, alzando la nariz, sublimaba á la científica Alemania; después me amenazaba con lo irresistible de sus armas. ¡Oh, la omnisciencia alemana! ¡Oh, la omnipotencia alemana! Confieso que me agradaban poco tales jactancias. Así, cuando en el Hotel de las Pirámides nos presentaron un libro para registrar en él nuestros nombres y nuestros países, mi docto amigo trazó su «Topsisius», agregando por debajo altivamente en letras tiesas y disciplinadas: «*De la imperial Alemania*». Le arrebaté la pluma, y recordando al barbudo Juan de Castro, Ormuz ardiendo, Adamastor, la capilla de San Roque, el Tajo y otras glorias, escribí largamente en cursivas más hinchadas que velas de galeones: «*Raposo, portugués de aguende y allende el mar*». Y el criado del hotel, un mozo flaco y mustio, que leyó por encima de mi hombro, murmuró suspirando, casi desfallecido:

—En cuanto el caballero necesite alguna cosa, llame por el Alpendriña,

¡Un compatriota! Y el mozo me contó su historia al mismo tiempo que abría mi maleta. Era de Trancoso y desgraciado. Había tenido estudios; compusiera una necrología y sabía además de memoria los versos más dolorosos de nuestro *Soares de Passos*. Pero apenas había muerto su mamá, habiéndolo heredado algunas tierras, corrió á la fatal Lisboa con el propósito de gozar. En la travesía de la Concepción, conoció á una española deliciosísima, del almibarado nombre de Dulce; y en un idilio, largáronse á Madrid. Allí el juego le empobreció, Dulce le traicionó y un chulo le apuñaló. Curado y macilento, pasó á Marsella, y durante años arrastróse como un harapo social á través de miserias incontables. Fué barbero en Atenas, fué sacristán en Roma; con turbante, y con negros odres al hombro, pregonó agua por las calles de Smirna. El fecundo Egipto le atrajera siempre irresistiblemente... Y allí estaba en el Hotel de las Pirámides, mozo de equipajes y triste.

—Si el caballero frajese por ahí algún periódico de Lisboa... Me agradaría saber cómo va la política.

Le concedí generosamente todos los *Diarios de Noticias* que envolvían mis botas.

El dueño del hotel era un griego de Lacedemonia, de bigotes feroces y que *hablaba un poquito el castellano*. Respetuosamente, él mismo, muy hinchado dentro de su casaca negra, adornada con una condecoración, nos condujo al comedor:

—*El más precioso sin duda de todo el Oriente, caballeros.*

Al pie del balcón, un violín y un arpa tocaban la *Mandolinata*. A cada momento yo sentía crecer mi amor por aquella tierra de pereza y de luz.

Después del café, mi sapientísimo amigo, con el lápiz y los cuadernos de apuntes en el bolsillo de la chaqueta, salió á rebuscar antiguallas del tiempo de los Ptolomeos. Yo encendí un cigarro y llamé á Alpendriña. Le confié que deseaba sin tardanza ir á rezar y amar. Rezar era por la intención de mi tía, que me recomendara muy especialmente una

jaculatoria á San José, apenas pisase aquel Egipto, convertido desde la fuga de la Santa Familia, encima de su borriquillo, en suelo devoto como el de una sede. Amar era por necesidades de mi corazón ansioso y volcánico. Alpendriña, en silencio, alzó las persianas y me mostró la esquina de la calle de Las dos Hermanas, donde una vieja vendía cañas de azúcar. Subiendo por ella, no tardaría en ver una tienda discreta que tenía de muestra una pesada mano de palo, tosca y roja. Y encima, en una tabla negra, este rótulo con letras doradas: MISS MARY, GUANTES Y FLORES DE CERA. Era aquel refugio el que Alpendriña aconsejaba á mi corazón.

—Y diga el caballero á miss Mary que va mandado del Hotel de las Pirámides.

Puse una rosa en el pecho y salí. En la entrada de la calle de las Las Hermanas, distinguí una ermita virginal durmiendo constantemente bajo los plátanos. Pero el amantísimo patriarca San José estaría sin duda recibiendo jaculatorias más importantes que la mía, y no quise importunar al bondadosísimo santo. Seguí adelante hasta detenerme en la mano de palo, pintada de rojo, que parecía estar allí esperando alargada y abierta para apoderarse de mi corazón.

Entré conmovido. Detrás del mostrador barnizado, miss Mary estaba leyendo el *Times* con un gato blanco en el regazo. Desde el primer momento me prendaron sus ojos sencillos, celestes y como jamás los había visto en la morena Lisboa. Sonriendo y bajando con sentimiento las pestañas, me preguntó si deseaba *cabritilla ó Suecia*.

Yo murmuré, inclinándome sobre el mostrador:

—Le traigo recuerdos de Alpendriña.

Ella escogió un botón de rosa de un ramo que estaba en un vaso sobre el mostrador, y me lo ofreció en la punta de los dedos. Lo besé con furor, y la voracidad de aquella caricia pareció agradaarle; una oleada de sangre coloreó su faz y en voz baja me llamó *galito*. Olvidé á San José y su jaculatoria. Nuestras manos, un momento unidas mientras ella me probaba unos guantes cla-

ros, no volvieron á desenlazarse durante aquellas semanas que pasé en la ciudad de los Lápidas, en deliciosa fiesta musulmana.

Miss Mary era de York; ese heroico condado de la vieja Inglaterra, donde las mujeres crecen fuertes y espléndidas como las rosas de sus jardines reales. A causa de su gracia y de su sonrisa, cuando le hacía cosquillas, le puse el nombre galante y acariciador de *Maricocas*. Topsius, que la apreciaba, la llamaba nuestra simbólica *Cleopatra*. Ella amaba mi barba negra y potente. Vestido de blanco como un lirio, pasé mañanas inefables, arrimado al mostrador de Mary y acariciando voluptuosamente la espina dorsal de su gato. Por la tarde dábamos lentos y adorables paseos á la orilla del canal Mamudieh. *Maricocas* comía siempre conmigo y con el eruditísimo Topsius en el Hotel de las Pirámides. Ante ella, Topsius se abría en flores de erudición amable. Nos contaba las tardes de fiesta en la remota Alejandría de los Ptolomeos sobre el canal que llevaba á Canopia, cuyas márgenes resplandecían de palacios y de jardines; las barcas, con toldos de seda, bogaban al son de láudes. *Maricocas* suspiraba:

—¡Qué encanto vivir en esa Alejandría y navegar con rumbo á Canopia, en una barca entoldada de seda!

Yo gritaba celoso:

—¿Sin mí?

Y ella juraba que sin su portuguesito valiente no quería vivir ni en el cielo. Lleno de vanidad pagaba el champaña. Así fueron pasando los días, leves, agradables, repicados de besos, hasta que llegó la víspera sombría de partir para Jerusalem.

—Lo que usted debía hacer—me aconsejaba aquella mañana Alpendriña mientras lustraba mis botas,—era quedarse aquí, en Alejandría, dándose buena vida.

¡Ah, si pudiese! Pero las órdenes de la tía eran irrecusables. Por amor de su dinero me veía forzado á ir á la negra Jerusalem, arrodillarme ante secos olivos y rezar trisagios y rosarios ante fríos sepulcros...

—¿Tú has estado en Jerusalem, Alpendriña?—pregunté, mientras me ponía tristemente los calzoncillos.

—No, señor; pero tengo oído... Peor que Braga.

—¡Qué horror!

Nuestra cena con *Maricocas*, aquella última noche, fué entrecortada de suspiros: las bujías de los candelabros tenían la melancolía de cirios: el vino nos entristecía como el que se bebe en los funerales. Topsius intentaba consolarnos.

—Bella dama, bella dama, nuestro Raposo ha de volver... Casi estoy seguro que de la ardiente tierra de Siria, la tierra de Venus y de la Esposa de los Cantares, traerá en su corazón una llama más ardiente y más juvenil...

Yo me mordía los labios, sofocado.

Después del café, fuimos á apoyarnos en la baranda del balcón y contemplamos en silencio aquella suntuosa noche de Egipto. Las estrellas eran como una gran polvareda de luz que Dios levantase allá en lo alto, paseando solo por los caminos del cielo. El silencio tenía una solemnidad de sagrario. A lo lejos, el mar dormía. En aquella difusa religiosidad, yo sentía subir á los labios irresistiblemente la dulzura de un avemaría... Entonces comencé á pensar que apenas muriese la tía y fuese mío su dinero, podría vivir en aquella tierra de amor y de pereza, al lado de mi guantera, vestido de turco, fresco, sereno, libre de todas las inquietudes de la civilización. Del cielo, solamente me importarían las flores abiertas en mi jardín para aromatizar mi alegría. Y pasaría los días en una pereza oriental recibiendo perpetuamente aquella impresión de felicidad perfecta que Mary me daba solamente con alzar su seno y llamarme su *portuguesito valiente*.

La estreché contra mi pecho, deseando absorberla. Junto á su oreja, de una blancura de concha blanca, balbuceé nombres inefables: la dije *riquita*, la dije *relebonita*. Ella, estremecida, alzó los ojos tristes hacia la polvareda de oro.

—¡Cuántas estrellas! ¡Dios quiera que mañana esté tranquilo el mar!

Entonces, ante la idea de aquellas ondas que iban á llevarme á la adusta tierra del Evangelio, tan lejos de mi Mary, un pesar infinito embargó mi pecho.

Cerré la vidriera, y después de salir al corredor para santiguarme á escondidas, vine á desabrochar por última vez el corsé de mi bien amada.

¡Breve, avaramente breve fué aquella noche estrellada de Egipto!

Temprano, amargamente temprano, vino el griego de Lacedemonia á decirme que ya humeaba en la bahía, encrespado y lleno de viento, el *paquete*, ferrozmente llamado *Caimán*, que debía llevarme para las tristezas de Israel. Mi sabio amigo el docto Topsius ya estaba abajo almorzando tranquilamente huevos fritos, que regaba con cerveza. Yo apenas tomé un sorbo de café, en mi cuarto, á un lado de la cómoda, en mangas de camisa, con los ojos encendidos bajo la niebla de las lágrimas. Mi gran maleta de cuero atrancaba el pasillo y Alpendriña se ocupaba en acomodar de prisa y corriendo la ropa sucia dentro del saco de lona. *Maricocas*, sentada desoladamente en el borde de la cama, ya puesto el sombrero, contemplaba cómo Alpendriña atiborraba el saco. ¡Parecía que cada prenda de ropa blanca era un pedazo de su corazón que partía para no volver más!

—¡Cuánta ropa sucia llevas, Teodorico!

Balbuocé desolado:

—Se manda lavar en Jerusalém con ayuda de Nuestro Señor.

En aquel momento Topsius se asomó á la puerta fumando, con el quitasol cerrado bajo el brazo, y un volumen de la Biblia llenándole un bolsillo de la americana de alpaca. Al verme todavía sin chaleco, reprendió mi amorosa pereza. Después, volviéndose á Mary, acudió á las cortesías.

—¡Comprendo, bella dama, comprendo! Es doloroso dejar los brazos de Cleopatra... Ya Antonio por ellos perdió Roma y el mundo. Usted me per-

mirará que le mande, cuando la termine, mi *Historia de los Lágidas*... Hay detalles muy picantes... Cuando Cleopatra se apasiona por Herodes, el rey de Judea...

Desde el otro lado de la cama, Alpendriña gritó atiborizado:

—¡Caballero! Todavía hay aquí ropa sucia.

Rebuscando entre las mantas había encontrado una larga camisa de encajes con lazos de seda. La sacudía y se exhalaba un aroma suave de violeta y de amor.

¡Ay! era la camisa de dormir de Mary, todavía caliente de mis brazos.

—Pertenece á la señorita.

—Es tu camisita, amor.

Mi guantero se alzó trémula, pálida, y tuvo un poético rasgo de pasión. Dobló la camisita y me la arrojó, tan ardientemente, como si entre sus dobles viniese también su corazón.

—¡Te la doy, Teodorico! ¡Llévala, Teodorico!... Llévala para dormir con ella á tu lado como si fuese conmigo... Espera, espera un momento, amor. Quiero ponerle una palabra, una dedicatoria.

Corrió á la mesa donde quedaban algunos pliegos del papel en que yo escribía á la tía la historia edificante de mi estancia en Alejandría, las noches consumidas embebiéndome en la lectura de los Evangelios... Con la camisa perfumada en brazos, yo sentía dos lágrimas rodar por mis barbas y miraba angustiosamente en to no mío, mirando dónde guardar aquella preciosa reliquia de amor. Las maletas estaban cerradas. El saco de lona estaba lleno.

Topsius, impaciente, sacaba de las profundidades del pecho su reloj de plata. El lacedemonio gritaba desde la puerta:

—Don Teodorico, es tarde; es muy tarde.

Pero mi bien amada ya sacudía el papel cubierto con las letras que había trazado, largas, impetuosas y francas como su amor:

«A mi Teodorico, mi portuguesito valiente, en recuerdo de lo mucho que gozamos.»

—Gracias, riquita. ¿Y cómo llevo yo esto?

Ya Alpendriña, de rodillas, abría desesperadamente el saco. Entonces *Maricocas*, con una inspiración delicada, agarró una hoja de papel pardo; cogió del suelo un cordel encarnado; y sus habilidosas manos de guantero hicieron de la camisita un envoltorio redondo, cómodo y gracioso, que metí bajo el brazo apretándolo con avarienta é inflamada pasión.

Después fué un murmullo arrebatado de sollozos, de besos, de caricias.

—¡Mary, ángel querido!

—¡Teodorico, amor!

—Escribeme á Jerusalem.

—Acuérdate de tu riquita bonita..

Bajé atontado la escalera, seguido del docto Topsisius que no tardó en empezar á decir cosas de vieja erudición.

¿Sabía yo por dónde íbamos andando? Por la noble calzada de los Siete Estados, que el primero de los Lágidas construyera para comunicar con la isla de Pharos, loada en los versos de Homero. Ni lo escuchaba siquiera. La dulce *Maricocas* desde la puerta del hotel, al lado de Alpendriña, linda, bajo su sombrero florido de margaritas, me despedía agitando su pañuelo amoroso y acariciador.

Apenas embarcado en el *Caimán*, corrí á ocultar en mi camarote mi dolor. Topsisius todavía me agarró por la manga para mostrarme sitios de la grandeza de los Ptolomeos, el puerto de Eunotos, la ensenada de mármol donde anclaban las galeras de Cleopatra. Huí; en la escalera resbalé y casi rodé sobre una hermana de la Caridad, que subía tímidamente con su rosario en la mano.

Una vez en mi camarote, dejé escapar el llanto que regó el envoltorio de papel pardo. ¡Era todo cuanto me quedaba de aquella pasión de incomparable esplendor pasada en tierra de Egipto!

Dos días y dos noches el *Caimán* se balanceó so-

bre las olas del mar de Tiro. Envuelto en mi manta, sin soltar el envoltorio de Mary, hice toda la travesía. El doctísimo Topsisius fué quien me trajo al camarote la nueva de que estábamos á vista de Palestina. El *Caimán* ancló y en el silencio sentíase el agua rozando los costados con un murmullo de mansa caricia. Me desenvolví de la manta; y sin soltar el precioso envoltorio de Mary, subí á la toldilla. Una brisa acre y salada me bañó deliciosamente trayéndome el olor de la sierra y de los naranjos y limoneros en flor. Había enmudecido el mar, todo azul en la frescura de la mañana. Y ante mis ojos pecadores extendíase la tierra de Palestina, arenosa y baja, con una ciudad oscura, rodeada de bosques, herida en lo alto por las flechas del sol.

—¡Jaffa!—gritó Topsisius sacudiendo su pipa de loza.—Ahí tiene usted, don Raposo, la más antigua ciudad del Asia, la viejísima Jeppo, anterior al diluvio.

Eché mano á mi capacete de corcho y saludé á aquella anciana, legendaria é histórica. Me conservé descubierto porque al anclar en Tierra Santa, el *Caimán* había adquirido de pronto el recogimiento de una capilla llena de piadosas ocupaciones y de unción. Un lazarista, de larga sotana, paseaba con los ojos bajos, leyendo en su breviario. Subidas dentro de los capuces negros de lustrina, dos religiosas pasaban los dedos pálidos por las cuentas de sus rosarios. A lo largo de la amura húmeda, peregrinos de Abisinia, hirsutos padres griegos de Alejandría, contemplaban extáticos el caserío de Jaffa, aureolado de sol como para la iluminación de un sagrario; y la campana, á popa, tilintaba en la brisa salada, con la dulzura de un toque de misa.

Viendo una barcaza oscura que remaba hacia el *Caimán*, bajé presuroso á mi camarote para ponerme unos guantes negros y pisar decorosamente la tierra de mi Salvador. Al volver, bien cepillado y perfumado, hallé llena la lancha. Descendía, detrás de un franciscano barbudo, cuando el amado

envoltorio de Mary se escapó de mis brazos cariñosos, y rodando á saltos la escalera, rozó el borde del bote... ¡Iba á sumergirse en las aguas amargas! Dí un grito. Una de las religiosas lo alcanzó ligera y llena de Misericordia.

—Muchas gracias, hermana, muchas gracias,— grité agradecido.—Es un paquetito de ropa. ¡Dios se lo pague, hermana!

Ella se refugió modestamente en la sombra de su capuz; y como yo tuve que acomodarme más lejos, entre Topsisius y el franciscano barbudo, la santa criatura conservó el envoltorio sobre su puro regazo, echándole por encima las cuentas de su rosario.

Apoyado en mi paraguas contemplaba á la púdica religiosa que así llevaba en su regazo, para la tierra de castidad, la camisita de Mary.

Era joven: bajo el manto triste de lustrina negra, parecía de marfil su rostro oval donde las luegas pestañas ponían una sombra doliente y melancólica. Los labios habían perdido todo su color y todo su calor, para siempre inútiles, destinados solamente á besar los pies del cadáver de un Dios. ¡Pobre y estéril criatura! ¿Acaso adivinó lo que contenía aquel envoltorio de papel pardo? ¿Sintió subir bajo su regazo y esparcirse bajo el obscuro capuz un perfume extraño y embriagador de violetas y de epidermis amorosa? ¿La calentura del lecho revuelto que había sobrevivido en los encajes de la camisa, atravesó por acaso el papel y penetró blandamente hasta sus rodillas? ¡Quién sabe! Durante un momento me pareció que una gota de sangre nueva animaba su faz demacrada, y que bajo el hábito donde brillaba una cruz, su seno palpó perturbado. Hasta me pareció que entre sus pestañas relampagueaba un rayo fugitivo y tímido buscando mis barbas negras y cerradas. Fué sólo un momento; de nuevo, bajo el capuz, recobró el rostro su frialdad de mármol blanco. A su lado, otra religiosa, rechoncha y de anteojos, sonreía contemplando el verde mar, sonreía contemplando al sabio Topsisius, y era la suya una

sonrisa clara, que salía de la paz de su corazón y le marcaba un hoyuelo en la barbilla.

Apenas saltamos en la arena de Palestina corrí, con el capacete en la mano, á darle las gracias á la hermana de la Caridad.

—Le estoy muy agradecido. Hubiera tenido un gran disgusto se se llegase á perder este paquetito... Es de mi tía: una encomienda para Jerusalem... Ya le contaré. La tía es muy devota de todas las cosas santas; una señora llena de caridad.

Muda, bajo la sombra de su capuz, la hermana de la Caridad me alargó el envoltorio con la punta de sus dedos débiles y más transparentes que los de Nuestra Señora de la Agonía. Los dos hábitos negros se sumieron entre muros deslumbrantes de cal nueva, en una callejuela angosta donde se pudría el cadáver de un perro bajo el vuelo de los moscardones.

Cuando me volví, Topsisius, bajo la sombra de su quitasol, conversaba con un hombre que se le ofrecía para guiarnos á través de las tierras de la Escritura. Era joven, moreno, alto, con largos bigotes sueltos al viento; usaba chaqueta de terciopelo y botas altas de montar. Las culatas plateadas de dos pistolas, saliendo de una faja de lana negra, le armaban heroicamente el pecho: á la cabeza llevaba atado un pañuelo rutilante de seda amarilla. Su nombre era Pablo Potte y su patria el Montenegro. Toda la costa de Siria le conocía por el alegre Potte. La alegría brillaba en el azul de sus pupilas; la alegría cantaba en sus dientes incomparables; la alegría resonaba en el taconeo de sus botas. Desde Ascalón hasta los bazares de Damasco, desde el Carmelo hasta los pomares de Engaddi, donde quiera se le conocía por el alegre Potte. Me alargó liberalmente su bolsa de tabaco perfumado. Topsisius hallábase maravillado de su saber bíblico. Convinimos en que fuese nuestro guía, y cerrado el trato con fuertes apretones de manos, nos dirigimos hacia el hotel de Josafat para celebrarlo bebiendo serveza.

El alegrísimo Potte organizó aprisa nuestra caravana para la ciudad del Señor. Un macho llevaba los equipajes; el arriero árabe, envuelto en un guñtapo azul, era tan bello y arrogante, que irresistiblemente yo buscaba su negra mirada de terciopelo. Por lujo oriental nos seguía como escolta un beduino viejo, con albornoz de lana de camello listada de ceniciento y una fuerte lanza mohosa, toda engalanada con cintas y borlones.

Guardé en una alforja el envoltorio mimoso de la camisa de Mary. Una vez todos á caballo, el festivo Potte, haciendo restallar su látigo, lanzó el antiguo grito de las cruzadas y de Ricardo Corazón de León:—«¡Adelante y á Jerusalem, Dios lo quiere!» Y al trote, con los cigarros encendidos entre los dientes, salimos de Jaffa por la puerta del mercado, á la hora en que se tocaba á vísperas en el Hospicio de los Padres Latinos. En el luminoso encanto de la tarde alargábase el camino á través de jardines, huertas, pomares, naranjales, tierra de Promisión resplandeciente y amable. Por entre cercados de mirtos, perdiase el fugitivo cantar de las aguas. El aire, de una dulzura inefable, como para respirar mejor en aquel pueblo elegido de Dios, era un derramado perfume de jazmines y de limoneros. El grave y pacífico reclinarse de las norias adormecía lentamente, al terminar el día de riego, entre los romeros floridos. Alta y serena en el azul, volaba un águila.

Hicimos alto en una fuente de mármol rojo y negro, abrigada á la sombra de un grupo de sicómoros donde arrullaban las tórtolas. A un lado, erguíase una tienda: ante la puerta, colgaba una cortina de uvas y requesones. El viejo de largas barbas blancas que moraba allí, nos saludó en el nombre santo de Alah, con la nobleza de un patriarca. La cerveza me había producido sed; fué una muchacha bella como la antigua Raquel quien me dió á beber en su cántaro de forma bíblica, sonriendo, con el seno descubierto, y dos argollas

de oro batiéndole la faz morena. Un cordero blanco y familiar balaba pegado á su túnica.

Descendía la tarde muda y dorada cuando penetramos en la planicie de Sarón que la Biblia en otro tiempo llenara de rosas. En el silencio, sonaban las esquilas de un rebaño de cabras negras que un árabe iba pastoreando, desnudo como San Juan. Allá, al fondo, los montes siniestros de Judea, tocados por el sol oblicuo que se inclinaba sobre el mar de Tiro, aun parecían preciosos, azules y llenos de dulzura en la distancia, como las hermosas visiones del pecado. Después todo oscureció. Dos estrellas de un resplandor infinito aparecieron y comenzaron á caminar, delante de nosotros hacia Jerusalem.

*

Nuestro cuarto en el Hotel del Mediterráneo, con su techo abovedado y blanco, y su pavimento de ladrillo, parecía una rígida celda en rudo monasterio. Disipaba, sin embargo, esta impresión un tabique delgado, forrado de papel, con ramajes azules que lo separaba de otro cuarto donde una voz fresca canturreaba la balada del Rey de Thule. Arrimado al tabique aquel, exhalando confort y civilización, brillaba un armario de luna que yo abrí, como se abre un relicario, para encerrar mi envoltorio bendito.

Los dos lechos de hierro desaparecían bajo los pliegues virginales de las colgaduras de Cambray blanco. En el centro de la habitación había una mesa de pino donde Topsisius estudiaba el mapa de Palestina, mientras yo me paseaba en zapatillas limándome las uñas. Era el sábado en que la cristiandad conmemora enternecida los santos mártires de Evora. Nosotros llegamos aquella tarde, bajo una lluvia triste y menuda, á la ciudad del Señor. De tiempo en tiempo Topsisius apartaba los anteojos de los caminos de Galilea, y contempládomo con los brazos cruzados, murmuraba, amistosamente,

—Ya está el amigo Raposo en Jerusalem.

Yo, parado ante el espejo, echando una mirada á las barbas crecidas y á mi rostro tostado, murmuraba también con agrado:

—Es verdad: ya está el hermoso Raposo en Jerusalem.

Y me volvía para admirar á través de los cristales embazados á la divina Sión. Ante nuestras ventanas, bajo la lluvia melancólica, alzábanse las blancas paredes de un convento silencioso, echadas las verdes persianas y dos enormes canalones de zinc á cada esquina, uno lloviendo ruidosamente sobre una callejuela desierta, otro cayendo en el suelo blando de una huerta plantada de coles, donde rebuznaba un jumento. De aquel lado se extendían, unos detrás de otros, los tejados incontables y color de lodo, con una cúpula de ladrillo, casi todos decrepitos, desmantelados, misérrimos, y que parecían próximos á deshacerse bajo el agua lenta que caía sobre ellos. Del otro lado se elevaban paredes sórdidas, como ateridas en la niebla húmeda: por entre ellas torcía una callejuela donde constantemente se cruzaban frailes de alpargatas, con la cabeza inclinada bajo sus paraguas, sombríos judíos de lacias melenas ó algún perezoso beduíno que arregazaba su alboroz.

—¡Esto es un horror, Topsius! Bien decía Alpendriña: esto es peor que Braga. ¡Qué ciudad para vivir Nuestro Señor! Ni un paseo, ni un billar, ni un teatro.

—En aquellos tiempos era más divertida,—murmuró mi sabio amigo. Y luego me propuso que el domingo partiésemos para las márgenes del Jordán, donde lo reclamaban sus estudios sobre los Herodes. Allí podría gozar todos los deleites campesinos, ya bañándome en las aguas santas, ya tirando á las perdices entre las palmeras de Jericó. Accedí con gusto; y descendimos á comer llamados por una campana funeraria, que tañía en la sombra del corredor. El refectorio era también abovedado, con una estera de esparto sobre el suelo de ladrillo. Estábamos solos el erudito investigador

de los Herodes y yo, en aquella mesa tristoná adornada con flores de papel en vasos rajados. Revolviendo los macarrones de una sopa desaborida, murmuré lleno de tedio:

—Amigo Topsius, esto es inaguantable.

En aquel momento una puerta vidriera se abrió en el fondo y sin ruido. Exclamé arrebatado:

—¡Caramba, Topsius, qué gran mujer!

¡Gran mujer en verdad! Sólida y llena de salud como yo. Blanca, con la albura del lino muy lavado; coronada por una masa ardiente de cabello ondeado y castaño; presa en un vestido de sarga azul que sus senos duros y magníficos hacían estallar: entró derramando un fresco olor á... jabón Windsor y agua de Colonia, y todo el refectorio se iluminó con el resplandor de su carne y de su juventud... El erudito Topsius la comparó á la fortísima diosa Cibele.

Cibele ocupó un puesto á la cabecera de la mesa serena y soberbia. A su lado, haciendo crujir la silla con el peso de sus amplios miembros, se acomodó un hércules, tranquilo, calvo, de espesas barbas grises, que, en el mero gesto de desdoblarse su servilleta, reveló la omnipotencia del dinero y el hábito de mandar. Por un «yes» que ella murmuró, comprendí que eran de la tierra de Maricocas. También recordé á la inglesa del señor barón.

Ella colocara junto al plato un libro abierto que me pareció ser de versos. El barbazas, mastucando con la lentitud majestuosa de un león, ojeaba también su *Guía de Oriente*. De vez en cuando ella alzaba la franja cerrada de sus pestañas: yo esperaba con ansia el don de aquel claro y suave mirar; pero ella lo derramaba por los muros encajados, por las flores de papel, y lo dejaba recaer desinteresado y frío sobre las hojas de su poema.

Después del café, besó la mano vellosa del barbazas; y desapareció por la puerta vidriera llevándose consigo el aroma, la luz y la alegría de Jerusalem. El hércules encendió perezosamente su pipa; dijo al mozo que le mandase á «Ibrahim

el guía»; y se levantó pesado y membrudo. Junto á la puerta derribó el paraguas de Topsisius, del venerable Topsisius, gloria de la Alemania científica, miembro del *Instituto imperial de excavaciones históricas*; y pasó sin alzarlo, ni siquiera inclinar la mirada altiva.

—¡Habrás bruto!—gruñí bramando de furor.

Mi docto amigo, con su cobardía social de alemán disciplinado, levantó el paraguas y le limpió murmurando todo trémulo que tal vez el *barbazas* fuese un duque...

—¡Qué duque! ¡Para mí no hay duques! Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemejo... ¡Lo rajaba!

Pero la tarde declinaba y debíamos hacer nuestra visita reverente al sepulcro de nuestro Dios. Subí á mi cuarto: penetraba en el corredor, cuando vi que Cibeles abría una puerta inmediata á la nuestra y salía envuelta en una capa cenicienta con una gorra donde blanqueaban dos plumas de gaviota. El corazón me palpité con el delirio de una gran esperanza. ¡Era ella quien cantaba la balada del Rey de Thule! ¡De manera que nuestros lechos estaban únicamente separados por el frágil tabique cubierto de ramajes azules! Ni siquiera busqué los guantes azules: volví á bajar, todo alborozado, seguro de que iba á encontrarla en el sepulcro de Jesús. Ya planeaba abrir un agujero en el tabique para que mi ojo enamorado pudiese saciarse en las bellezas de su desaliño.

Aun llovía lúgubrementemente. Apenas comenzamos á subir la Vía Dolorosa, encerrada entre muros color de lodo, llamé á Potte por debajo de mi paraguas preguntándole si había visto en el hotel á la fuerte y hermosa Cibeles. El alegre Potte ya había tenido el honor de admirarla: por Ibrahim, su compañero predilecto, sabía que el *barbazas* era un escocés negociante en curtidos...

—¡Ahí tiene usted el duque, Topsisius!... ¡Negociante en curtidos, y gracias! ¡Es un animal!... ¡Yo lo rajaba! En cosas de dignidad soy una fiera, ¡Lo rajaba!

La hija, la de las amplias trenzas, tenía un nombre radiante, de piedra preciosa: se llamaba «Rubí», amaba los caballos, era arrojada: en la alta Galilea, de donde venían, había matado un águila negra...

—Ahora, aquí tienen los señores la casa de Pilatos...

—¡Deja en paz á la casa de Pilatos! ¡Buen cuidado se me da á mí de la casa de Pilatos! ¿Qué más te ha dicho Ibrahim? Desembucha, hombre.

Allí la vía Dolorosa se estrechaba abovedada como una cruz de catacumba.

Dos mendigos, llenos de llagas roían cáscaras de melón sentados en el lodo y gruñendo. Aullaba un perro. Y el risueño Potte me contaba que Ibrahim había visto muchas veces á miss Rubí contemplar admirada la belleza de los hombres de Siria: de noche, á la puerta de la tienda, en tanto el padre bebía cerveza, ella decía versos en voz baja, mirando palpitar las estrellas. Yo pensaba: ¡Caramba tengo mujer!

—Ahora están los señores delante del Santo Sepulcro.

Cerré mi paraguas. En el fondo del atrio alzabase la fachada de la iglesia, caduca, triste, abatida, con dos puertas de arco: una, tapada con pedruscos y cal, como superflua; la otra medrosamente entreabierta. A los lados débiles de aquel templo, manchado con tonos de ruina, parecían agazaparse dos construcciones desmanteladas, del rito latino y del rito griego, como hijas despavoridas que alcanzó la Muerte y que se refugian en el seno de la madre, medio muerta también y ya fría.

Calcé mis guantes negros. Un bando voraz de hombres sórdidos nos envolvió con un alarido ofreciendo reliquias, rosarios, escapularios, cruces, pedacillos de tablas cepilladas por San José, medallas, frascos de agua del Jordán, cirios, agnus-dei estampas de la Pasión, flores de papel hechas en Nazareth, piedras benditas, huesos de aceitunas del Monte Olivete, y «túnicas como las usara la Virgen María». Y á la puerta del sepulcro de Cris-